

LA SONRISA DE LOS PECES DE PIEDRA

Rosa Huertas



XIV Premio Anaya de Literatura Infantil y Juvenil

1.ª edición: abril 2017

© Del texto: Rosa Huertas
www.rosahuertas.com

Ilustraciones y diseño de cubierta: Javier Olivares
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2017
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-698-3336-0
Depósito legal: M-3633-2017
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la nueva *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Rosa Huertas

LA SONRISA
DE LOS PECES
DE PIEDRA

XIV PREMIO ANAYA
DE LITERATURA
INFANTIL Y JUVENIL

ANAYA

*A mis compañeros y alumnos del IES Gran Capitán
que me han acogido con tanto cariño.*

I. LOS MUERTOS NO COMEN PIPAS

Todo empezó por unas cáscaras de pipas, así, de la forma más absurda. Parece que los hechos extraordinarios en la vida vienen precedidos de un acontecimiento importante: un nacimiento, una muerte... Bueno, sí que hubo una muerte. El abuelo se había muerto la semana anterior y el abuelo era lo más parecido a un padre que yo había tenido nunca. Estaba muy mayor y llevaba meses fatal pero no por previsible nos resultó menos triste. «Por mucho que te lo esperes, nunca estás preparado para perder a un padre», decía mamá.

Habían pasado siete días y mi madre se empeñó en que la acompañase al cementerio el sábado por la mañana. ¡Nada menos que el sábado por la mañana! ¡Como si yo no tuviese otra cosa que hacer! Pero no me quedaba más remedio. Una madre, cuando recurre al chantaje emocional, se vuelve muy convincente.

—Por favor, hijo. Necesito que vengas conmigo. Va a ser muy duro para mí. No imaginas lo que es perder a un padre —insistía.

No, no lo podía imaginar porque nunca había tenido un padre. Siempre habíamos sido mamá y yo, solo mamá y yo. Y también el abuelo, aunque de otra manera. Hasta ese día, por culpa de las pipas. Si me hubiese negado a acompañarla, no

habría ocurrido nada de lo que pasó después. Todo ese lío, esa angustia y, al mismo tiempo, esa emoción que no cambiaría por nada del mundo. Y todo por unas cáscaras de pipas.

—Se habrán secado las flores y las coronas que pusimos encima de la tumba del abuelo —decía ella—. Habrá que quitarlo todo y limpiar.

Mi madre y la limpieza. Es algo superior a sus fuerzas. Y a las mías. No puede ver nada fuera de su sitio, ni una mota de polvo y ni una mancha en el suelo y menos en la ropa. Es lo que peor llevo de vivir con ella y solo con ella: yo soy el único blanco vivo de su obsesión.

Aquel día, como casi siempre, tocaba limpiar.

Habíamos quedado en ir temprano al cementerio pero ella madrugó más, no quiso despertarme y salió de casa mientras yo dormía como un tronco. Cuando me levanté encontré una nota en la nevera y otra en el wasap: «Buenos días, me he adelantado. Ven a recogerme. Recuerda: pabellón dos». Pensé que le había faltado tiempo para irse a limpiar. Las prisas de mi madre me obligaron a salir de casa lo más rápido posible, casi sin desayunar. De todas formas, si no estaba ella, el desayuno se convertía en un trámite aburrido y acabé tomando cualquier cosa, de pie, en la cocina.

El cementerio de San Isidro me recibió tan solitario como era de esperar. Todo el mundo tiene algo mejor que hacer un sábado por la mañana que ir a visitar difuntos. De camino al pabellón dos, pude ver tumbas que parecían abandonadas desde hacía siglos, como si los descendientes de aquellos muertos también hubieran desaparecido o, simplemente, no quisieran acordarse de ellos. Había otras llenas de flores de colores, la mayoría de plástico, y adornadas con tanto detalle que, seguramente, los familiares las visitaban cada poco tiempo.

Muertos con nombre y apellidos a los que no conocía.

Hasta que llegué a la entrada del pabellón dos. Desde lo alto se divisaban todas las lápidas, apiñadas cuesta abajo, y no tardé en localizar a la única persona viva que andaba por allí aquella mañana. Lo que me extrañó fue que mi madre no estaba delante de la tumba del abuelo, sino de otra situada más arriba.

Me acerqué sin hacer ruido y ella ni se enteró. Estaba de pie con los ojos cerrados, ante una lápida en la que aún había flores frescas.

—Este se debe de haber muerto hace poco —dije.

No sé por qué lo dije, fue como si pensara en alto. En ese momento se levantó una ráfaga de aire que hizo volar algunas hojas de las flores, que vinieron a caer a nuestros pies. Mi madre abrió los ojos, como si despertara de un sueño, pero no dijo nada. Solo suspiró y noté que temblaba. Su cara delataba que había llorado, demasiadas lágrimas en las últimas semanas, aunque sospechaba que las de esa mañana no tenían que ver con el abuelo Rafael.

Miré el nombre que aparecía en la placa, sobre la losa: Santiago Muñoz Gallardo. No lo había oído en mi vida. La fecha del fallecimiento correspondía a un mes atrás. Saqué la cuenta y aquel hombre tenía unos cuantos años más que mamá cuando murió. Supuse que sería algún amigo suyo de la infancia al que había perdido la pista.

—¿Lo conocías? —pregunté.

Entonces, se echó a llorar, más de lo que había llorado en el entierro del abuelo. Yo no entendía nada. La abracé para que se calmara, pero no tenía consuelo.

—¿Qué pasa? ¿Quién era?

Ella no hablaba, solo lloraba desconsoladamente. Entonces me fijé en otro detalle: la tumba estaba rodeada de cáscaras de

pipas, como si alguien se hubiera sentado sobre ella y se hubiese pasado la mañana comiendo pipas, allí mismo, sin preocuparse por guardar las cáscaras. Desde luego, mi madre no había sido. Ni el muerto, tampoco. Pensé en el disgusto que se llevaría ella si alguien hiciera algo semejante sobre la lápida del abuelo. ¿A quién se le podía ocurrir?

—Es alguien que conocí hace tiempo —me dijo de pronto, más calmada—. Ayer me enteré de que había muerto y de que estaba enterrado en el mismo cementerio que tu abuelo. Solo he tenido que preguntar en las oficinas de la entrada y, fíjate, están en el mismo pabellón.

Luego me pidió que la acompañara ante la tumba del abuelo. Tardamos un buen rato en tirar las flores secas y en dejar reluciente la lápida de mármol gris, sin decirnos ni media palabra. Después nos dirigimos, igual de silenciosos, hacia la salida. Por lo menos, mamá había dejado de llorar y creí que había sido gracias a mí, a que yo la acompañaba. Los últimos meses, con el abuelo enfermo, habían sido duros para ella. Yo no podía imaginar lo que suponía perder a un padre pero, el simple hecho de pensar en que a ella le pasara algo, me producía una angustia tremenda.

Volvíamos agarrados del brazo. Ella con la mirada fija en el suelo y yo mirando el espectáculo del cementerio solitario. Cuando pasamos por delante de la tumba de Santiago Muñoz Garrido, vi cómo una lágrima resbalaba por su mejilla.

Durante el resto del fin de semana no pude concentrarme en el estudio. Me cuesta estudiar y cualquier excusa se puede convertir en un motivo para despistarme sin remedio. La muerte del abuelo nos había dejado descolocados a los dos. Preferí sentarme al teclado e improvisar. Cuando estoy mal

me gusta componer, eso me libera. A otros les da por tocar la guitarra, como a mi amigo Dani; o por tumbarse a mirar al techo, como yo mismo hago muchas veces. Sin la música, yo sería mucho más desagradable. Con la música, aún se me puede aguantar.

Mi madre se instaló en el silencio y la melancolía; ella, que no para de hablar en ningún momento. Cuando era pequeño siempre andaba contándome historias que se inventaba para entretenerme. A veces parloteaba aunque supiera que no la escuchaba nadie: hablaba sola, como los locos. Decía que era mejor estar un poco chiflada que ser aburridamente normal. Supuse que echaría de menos al abuelo y también que se estaría acordando de aquel Santiago Muñoz Gallardo que tenía la tumba llena de cáscaras de pipas. Pasó la mañana del domingo encerrada en su cuarto y yo en el mío, como dos extraños bajo el mismo techo.

Por la tarde, harto de mirar al libro sin ningún resultado y después de haberme inventado una música melancólica, quedé con mis amigos para ensayar en casa de Dani, aprovechando que sus padres no estaban. De vez en cuando nos juntábamos para tocar los temas que componíamos Martín o yo. Dani era el que mejor cantaba, Sergio y Martín lo acompañaban con las guitarras, mientras que yo me encargaba del teclado o la batería. Aspirábamos a grabar alguna maqueta, aunque fuese para venderla entre amigos y conocidos.

—¿Has acabado ya de estudiar? —me preguntó mi madre cuando me vio salir de la habitación con la cazadora puesta.

—Sí, hace rato —mentí.

—Ya —dijo con un tono que revelaba claramente que no me había creído.

—He quedado con los colegas —le expliqué.

—Te iba a proponer que fuésemos al cine, pero imagino que preferirás quedar con ellos. Además, yo tengo que ponerme a preparar algo de comida para ti, para mañana que estoy de guardia y no te veré en todo el día —ella se lo decía todo.

Le di un beso y salí deprisa, antes de que me echase en cara que había estado aporreando las teclas del piano durante demasiado tiempo y antes de que me preguntase qué había estado estudiando, porque no habría sabido qué responder. Casi me dio pena dejarla en casa con su silencio, pero ninguno de los dos resultábamos una buena compañía para ese domingo por la tarde.

Tampoco me sirvió de mucho huir de casa. El ensayo fue un desastre: yo no atinaba una nota en su sitio, Sergio y Martín se mosquearon y acabamos tocando a nuestra bola, cada uno por su lado. Hasta que llegaron los padres de Dani y nos echaron de allí porque hacíamos demasiado ruido y ya habían recibido varias quejas de los vecinos.

—El próximo día ensayamos en tu casa —protestó Martín—. Cuando tu madre no esté.

Me callé porque al día siguiente ella tenía guardia en el hospital, pero yo prefería dedicarme a tocar sin compañía cuando volviese de clase y no arriesgarme a otro ensayo catastrófico con el grupo.

No olía a comida cuando llegué a casa, ni siquiera había luz en la cocina, estaba claro que mamá no se había pasado la tarde preparándome la cena. Solo se oía una música suave que provenía de su habitación. Me acerqué para comprobar que estaba sentada en la cama, en medio de la penumbra, con la funda de un vinilo entre las manos. Mamá conservaba un viejo tocadiscos que nunca encendía, una rareza de su época juvenil, según decía. No recordaba haberlo escuchado hasta ese momento.

«Me asomo a la ventana, eres la chica de ayer...».

Cantaba el solista del grupo, cuando ella se dio cuenta de que yo había entrado en el dormitorio.

—¡Ay! ¿Qué hora es? —preguntó como si acabara de despertarse.

Había llorado y su voz sonaba muy triste. Me senté junto a ella, que abrazó la funda del disco como si quisiera protegerla de mi vista. Nada peor para incitar mi curiosidad.

—¿Qué disco es este?

—Uno que tengo desde hace muchos años —contestó con un hilo de voz.

—¿Y por qué te ha dado por escucharlo esta noche? ¡Si yo pensaba que este trasto ya no funcionaba!

Logré arrebatarse el vinilo de las manos. Era un disco del grupo Nacha Pop y en la carátula se veía a los cuatro componentes con unas caras muy serias. Comprobé que, encima de la chaqueta roja del cantante, había escrita una dedicatoria:

A la chica de ayer, con amor: Santi y Manu.

Santi. Ahí estaba la clave de por qué sonaba aquella música y de por qué había llorado en el cementerio delante de una tumba que no era la de mi abuelo.

—Este Santi, ¿es Santiago Muñoz Gallardo? ¿El mismo que está enterrado en el cementerio de San Isidro?

Asintió con la cabeza porque no podía hablar, había vuelto a llorar a mares. La abracé para intentar que se calmara.

—¿Quién era, mamá? ¿Un amigo tuyo? —quise saber.

Tardó un rato en responder, como si estuviese pensando bien qué contestarme.

—Fue un hombre muy importante en mi vida —dijo, al fin.

—¿Un amigo?

—Mucho más que un amigo —suspiró—. Alguien tan importante que podría ser tu padre.

—¿Cómo dices?

No esperaba una afirmación semejante, el corazón me dio un vuelco, la agarré por los hombros y la miré fijamente.

—¿Estás de broma?

Lloraba a mares, así que no bromeaba.

Desde niño mi madre me había dicho que yo no tenía papá, sin más. Cuando tuve edad para entenderlo, me contó que fui concebido por inseminación artificial, por lo tanto era imposible saber a qué donante anónimo pertenecían los espermatozoides que habían dado lugar a mis cromosomas. Yo me lo había creído y me había conformado, durante dieciséis años. Y ahora me venía con que ese tal Santiago Muñoz podía ser mi padre. De pronto descubrí que mi madre sí tenía secretos para mí, algo que jamás hubiera sospechado. Y el secreto, en este caso, era tan enorme que amenazaba con aplastarme de la impresión.

—¡No me puedo creer lo que estás diciendo! ¿Qué quieres decir con eso de que podría ser mi padre?

No me miró, seguía llorando ajena a mis preguntas, como si no me hubiese escuchado.

—¿Quién era ese Santiago? —insistí en cuanto vi que se calmaba—. Creo que tengo derecho a saberlo.

—¿Derecho? —repitió con un tono de voz que no me gustó nada—. Y yo tengo derecho a permanecer en silencio.

—Eso es lo que dicen en las películas, mamá. No me tomes el pelo.

—Ahora no, por favor —suspiró como si se rindiera—. Primero mi padre, ahora Santi...

—Mamá, esto es muy serio —creo que me tembló la voz.

—Todavía eres un niño. No creo que comprendas...

—¿Un niño? —corté—. ¡Pero si tengo dieciséis años!
¿Cuándo piensas dejar de tratarme como a un bebé?

—Dame tiempo, Jaime —me pidió—. Te lo contaré todo.
Tengo que hacerlo de una vez, pero hoy no.

—¿Me has estado engañando todo este tiempo? Por favor,
mamá, esto no puede esperar. ¡Dime ahora mismo si ese hombre
era mi padre y explícame por qué no me lo has contado
antes! —grité.

Grité demasiado, de forma violenta, como si estuviese inter-
rogando a un criminal y no a mi propia madre, pero mi des-
concierto era tal que el deseo de saber se impuso a mis buenos
modales.

Ella, asustada y dolida, se tapó la cara con las manos y su
llanto se convirtió en desesperado y angustiados. Parecía que le
iba a dar algo, ni cuando murió el abuelo la vi tan alterada, y
me asusté. Volví a abrazarla y musité unas palabras de perdón
en su oído.

—Lo siento —intenté tranquilizarla.

—Ahora no puedo —sollozó—. Antes tengo que...

Casi no podía hablar, las palabras se ahogaban en su gar-
ganta. Mi corazón estallaba: quería saberlo todo, ya; pero
comprendí que no debía seguir presionándola en ese momen-
to y, contra mi voluntad, guardé silencio.

Nunca había visto llorar a mi madre de esa manera y jamás
pensé que la escucharía decir aquello de «podría ser tu padre».
¿Sería verdad que yo tenía un padre con nombre y apellidos?
Sin duda, era la revelación más crucial de nuestras vidas y el
hilo del que tirar había aparecido delante de la tumba de un
desconocido. Sentí miedo, una especie de temor infantil a per-
der ese refugio íntimo y exclusivo que habíamos creado los

dos. Ella siempre había procurado alejar de mí cualquier cosa que pudiera causarme dolor, incluidos los últimos días de vida del abuelo.

Quizá mi madre tuviese razón: en aquel momento yo todavía era un niño.

ÍNDICE

I. Los muertos no comen pipas	9
II. La paz de los sepulcros	19
III. ¿Son románticos los cementerios?	27
IV. La joven que dibujaba sobre las lápidas	33
V. La chica de ayer	41
VI. El nicho de la joven muerta	49
VII. Eloise y el vinilo de la movida	57
VIII. ¡Qué solos se quedan los muertos!	65
IX. El mundo es de los valientes	73
X. Lágrimas bajo la lluvia	81
XI. La sonrisa de los peces de piedra	91
XII. La historia del huérfano inmortal	99
XIII. Palabras para Julia	107
XIV. Carpe diem	117
XV. Nadie puede parar	127
XVI. El mismo barrio, distintas voces	139
XVII. Canción para Julia	149
XVIII. ¿Qué es una anagnórisis?	159
XIX. Sobre un vidrio mojado escribí tu nombre	169
XX. Una línea horizontal	181
XXI. Verdades que duelen como espinas	193
XXII. Madrid me mata	199
XXIII. Banda sonora final	209
Mapas	217
Agradecimientos	219

En este link encontrarás una *playlist*
de Spotify con las canciones que aparecen
a lo largo de la novela:
anayainfantil.es/lasonrisa_musica



Al morir su abuelo, Jaime descubre que hay un secreto familiar que su madre ha guardado durante años.

En el Madrid de los años 80, la época de «la movida», la madre de Jaime vivió algo que nunca ha contado a su hijo.

¿Quién es en realidad el padre de Jaime? Solo a través de un cuaderno que va escribiendo su madre podrá conocer la verdad.



ISBN 978-84-698-3336-0



ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com

1525196 9 788469 833360